

'LA VIDA LITERARIA'

PERIODICO INDEPENDIENTE **CRITICA** **INFORMACION BIBLIOGRAFICA** PRECIO: 10 CENTAVOS

Dirección: Rivera Indarte 1030

Las colaboraciones son solicitadas por la dirección. No se devuelven los originales. Ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

PORTE PAGADO (No. 1743)

BUENOS AIRES, ABRIL 1932

Administración: Avenida de Mayo 560

Suscripción a 20 números en el país, \$ 2 msn. En el exterior, \$ 1 o/s. — Anuncios: Precio convencional. — U. T. 33, Avenida 4670.

AÑO V - NUMERO 10 (41)

Un nuevo americano, por Waldo Frank

En los últimos años que Leguía pasó en el Palacio presidencial, un joven inválido estaba sentado en un sillón de ruedas, no muy lejos, en una callejuela de humildes casas de un solo piso. Se llamaba José Carlos Mariátegui. En su adolescencia, solo afligida por una cojera, hizo versos de forma coruscante y de vagas sombras místicas. Una promesa de poeta. Santos Chocano, laureado del nuevo régimen oligárquico estaba ya algo viejo. Posiblemente, el astuto Leguía previó la próxima necesidad de un nuevo bárd para ocupar el lugar de Chocano, pues en estas repúblicas de cultura india y católica los poetas son tan necesarios como en el Norte los prosaicos propagandistas disfrazados de historiadores y críticos.

Fué entonces cuando el joven romántico, en compañía del novelista César Palón, empezó a editar un periódico y a combatir al dictador. Leguía no se inquietó. Había conocido otros revolucionarios. No lo fué en un principio el mismo Santos Chocano? Clausuró "La Razón" y facilitó a Mariátegui la salida del país. Era una agradable forma de posesión, pues el poeta anhelaba ir a Europa. Había además en esto no solo la bolsa del patrón, sino una esperanza.

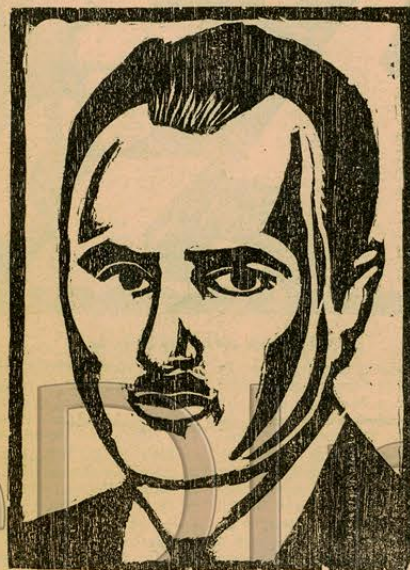
El joven poeta no se detuvo en París entre los artistas; fué a Inglaterra, a Italia, a Europa Central. Asistió a la reacción fascista contra el trágico levantamiento de los comunistas; estudió la obra del capitalismo en Manchester y Lorena; recorriendo Europa se hizo americano; el núcleo potencial de su espíritu transfiguró al poeta menor. Al cabo de tres años volvió a su tierra, nacido a un mundo propio por su experiencia del viejo mundo.

Leguía llamó a su joven protegido al Palacio. En una pequeña república gobernada por una sola voluntad, se le ofrecen muchas oportunidades a un escritor joven y brillante que conoce los caminos del mundo. Los dictadores necesitan del talento (así como la industria y el comercio); un hombre como Leguía puede siempre ofrecer un cargo bien rentado y provechoso a un hombre como Mariátegui, en el caso de que Mariátegui lo aceptara. Puede hacerlo director de un periódico, mandarlo al Congreso, nombrarlo Ministro de Instrucción, o si aun quiere ir al extranjero, puede, de una plumada, transformarlo en embajador o cónsul.

Sentado con el presidente Leguía, Mariátegui necesita ahora más que nunca, protección. Sigue siendo pobre; de Italia ha vuelto casado y con un hijo; una obscura tuberculosis mina sus piernas; ocupado en otras cosas, olvidó gastar su poco dinero en médicos europeos. No había ido a Europa para atender su cuerpo sino a conocer ideas y hombres. Pero su enfermedad hacía su camino, y el joven que ahora estaba sentado junto al presidente, era ya casi un inválido.

Leguía se sonrió ante Mariátegui. Veía el cuerpo desecrado, vestido de negro, las manos delicadas, la cabeza de fino mentón y frente magníficamente amplia, la boca firme, la nariz aquilina, los ojos negros, grávidos, duros como metal. Leguía vió el mensaje de los ojos y dejó de sonreír.

— Señor Presidente, — dijo Mariátegui — habría venido aunque usted no me hubiese llamado. Puesto que usted me ha enviado a Europa, debo hacerle saber ante todo, con qué ánimo vuelvo. Soy su enemigo, señor Presidente. En adelante dedicaré mi vida



WALDO FRANK, por Amighetti

a combatir a usted y a lo que usted sostiene.

Mariátegui tomó su bastón y salió del Palacio, cojeando hacia la lucha y la pobreza (1).

Mariátegui está sentado en su sillón de ruedas en el patio abierto. No oye el ruido de la vajilla ni el clamor de los chicos. El cielo desciende sobre él, ofreciéndole el mundo abierto. Vientos del Norte y del Sur, vientos del Atlántico traen semillas para Mariátegui. Conoce al indio de los Andes aunque nunca ha visto su puma. Conoce la voz de los estudiantes de La Habana y del Plata. Oye a Nueva York, escucha a Europa. Y todos los mensajes se funden en la sabiduría que es él mismo. Hombres y mujeres lo rodean. Antes de los treinta años Mariátegui es un maestro; pues la juventud intelectual de la América hispana tiene esa tradición, que es la única forma orgánica de evolución cultural. En Lima hay poetas, novelistas, críticos, historiadores, pintores, músicos, economistas, y trabajadores. Disienten entre sí, y sólo unos pocos están de acuerdo esencialmente con algunas ideas de Mariátegui. No obstante, lo rodean porque sus desavenencias son funciones del todo dinámico que él desea para su país y su continente.

Hasta el poeta más delicado del grupo, sabe que América debe ser recreada y que para emprenderlo hay que cambiar la estructura económica. Este conocimiento es un resultado de su experiencia como estudiosos y artistas. Los economistas estudian el comunismo de los incas, disociando el esencial de lo accidental, sintetizando el Perú permanente, con la era industrial inmediata. Los historiadores es-

tudian la Colonia y la República, descubriendo las líneas evolutivas de la América hispana. Los críticos literarios trazan un plan de acción en el que pueden participar los novelistas y poetas jóvenes amando tradición, psicología y estética. Los pintores ascienden a la puna y crean en monumentos plásticos indios un cuerpo y un espíritu de fuerza nacional (2).

En Cuzco, Puno, Arequipa, en Bolivia, en Chile, hay hombres de visión semejante. Se publican revistas, se editan libros, se intercambian ideas y visitas. El espíritu, cuyo centro es el sillón de ruedas, empieza a irradiar más allá de los Andes; a través de la América hispana se teje una frágil y tenue red de acción, donde jóvenes con idéntico anhelo de un mundo nuevo tejen desde sus propios focos de pensamiento redes similares de acción potencial.

Es un hombre feliz, Mariátegui. Invalído y pobre. De cuando en cuando recuerda a su antiguo protector; su correspondencia es interceptada, la policía allana su domicilio y lo lleva a la cárcel mientras los pesquisas revisan sus papeles. La enfermedad continúa minándolo, pero su espíritu fluye como un río profundo.

En Mariátegui la tensión del español se ha afinado con la sensibilidad del quechua. La voluntad en sus ojos es vasea, pero tiende a un culto natural de la tierra, que es de los Andes. Aunque su sangre es mestiza, el mestizo en Mariátegui ha muerto en un acorde nuevo. La dualidad de su herencia ha fundido sus valores, la ciencia poderosa y la economía racional del hombre moderno dan energía al panteísmo religioso del quechua y del aymara. Las culturas opuestas fluyen hacia una síntesis, fluyen alegre y

claramente, en este hombre profético, hacia una solución americana.

El nuevo americano que anuncia Mariátegui es todavía ideal; no es fácil crearlo en el mundo de la acción. La América hispana es todavía caótica y las circunstancias que engendran hombres como Leguía aun son posibles. Pero Buenos Aires invita al peruano. No el Buenos Aires oficial, sino la minoría andaz que hace de su ciudad la capital cultural de la América del Sur. El hombre que cristaliza el llamado a Mariátegui, que hace posible la invitación, es un publicista porteño, hijo de inmigrantes, Enrique Espinoza. Mariátegui acepta. Ha agotado, por lo menos transitoriamente, las posibilidades de su acción en Lima. Es como el capitán de una pequeña división que debe retroceder a un terreno decisivo y sumar sus tropas a otras, para que sus victorias parciales en lugares poco estratégicos no lo dejen finalmente exhausto. En Buenos Aires podrá publicar libremente su revista, ganarse el pan y hallar tal vez ayuda médica para salvar su vida.

Unos diez años antes, San Martín y Bolívar se movieron del Atlántico al Pacífico; su marcha libertó a las colonias del ejército español. Los jóvenes que ahora invitan a Mariátegui a Buenos Aires, quizá no piensan en símbolos continentales. Sin embargo, el paso de este guerrero del pensamiento desde el Pacífico al Atlántico, completa el ciclo iniciado una centuria antes. El Continente no deviene América. El Continente por la negra derrota de los ejércitos españoles y la partida de los virreyes. El movimiento libertador del este al oeste debe volver del oeste al este. La venida de Mariátegui desde el Pacífico tiene la significación de un presagio.

Luis Alberto Sánchez ha ido previamente a Santiago; ha preparado algunas conferencias en la Universidad para que la juventud de Chile pudiera escuchar a su paso por los Andes al joven capitán del Perú. Pero se pierden muchas batallas antes de alcanzar una victoria del espíritu. La víspera de su partida aumenta su fiebre y el débil maestro muere.

Obreros de Lima, mestizos de los latifundios, artistas, pasan con el feroz retro ante el palacio presidencial, que pocos meses más tarde vería huir a Leguía como a un ladrón en la noche.

(1) Hay algunas dudas respecto de esta entrevista. Luis Alberto Sánchez y Jorge Casadre, amigos íntimos de José Carlos, historiadores ambos de indiscutible prestigio, niegan que haya ocurrido. Cuando la escribí no dudé de que estaba refiriendo lo que Mariátegui me contó. Pero luego, al volver la mirada a mis agitados días de Lima, no tuve ya esa certidumbre. En verdad, José Carlos nunca me relató esta entrevista o la he imaginado a base de las evidentes consecuencias de su viaje a Europa, pagado por Leguía y de los muchos pasos indirectos de este último hacia una reconciliación que me contó José Carlos? De todos modos, como dice Sánchez: "La entrevista es virtualmente cierta aun cuando no haya ocurrido en realidad". Por lo tanto, con estas reservas la dejo en el texto.

(2) No puedo citar en este libro la gran cantidad de nombres que en diversos centros contribuyeron con su obra crítica y literaria a la creación de la América hispana. Muchos figuran en la Bibliografía personal de este volumen; estudiarlos a todos hubiera requerido una obra aparte. Pero de este grupo en Lima: José Sabogal y Julia Codesido, dignos ambos como creadores y leaders de un movimiento nacional, de ser recordados junto a los grandes artistas del México revolucionario.

TRADUCCION ESPECIAL PARA "LA VIDA LITERARIA"

